

Antología

2019

“Club de
lectura y
escritura”

Antología 2019 “Club de lectura y escritura” /
Agniel, Prune ; Alvarado, Federico ; Bensi,
Luciano ; Cáceres, Ayelén ; Durante, Noemi ;
Florencia Paula ; Frisan Rañinqueo, Karina E ;
López, Ezequiel ; Macías, Soledad ; Rey Padilla,
Sabrina.; Serial, Albí ; Vilchez, Nicolás /
Arte de tapa: Thomson, Laura ; diseño de tapa y
contratapa por Mayora, Pablo /
Compilación, prólogo y reseña de contratapa por
Baggini, Federico
1a ed. - Provincia de Buenos Aires : 2019. 110 p. :
il. Im. ; 18x12 cm.

1. Cuento. CDD 863
2. Poesía. CDD 861

Datos de contacto:

Laura Thomson: lauu.thom@gmail.com

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

2019 / Construcción colectiva

Antología
2019

“Club de
lectura y
escritura”

Agradecimiento

A quienes
dediquen
su cuerpo
y declinación
a la lectura
de este
horizonte
que hemos
dado en
llamar
Antología.

Prólogo

Versatilidad y diversidad

En términos fundamentales, la articulación de estos dos principios delimita el marco de todo pensamiento que pretenda afirmarse como crítica. Solo al apoyarse uno en otro, el principio de *versatilidad* y el de la *diversidad* forjan y mantienen su capacidad de ruptura con la ortodoxia y con toda forma de lo pensado o lo impensado ligados al orden establecido.

Referirse al principio de la *versatilidad* equivale a querer asignarse la tarea de describir o, mejor, sacar a la luz, los mecanismos –más o menos antiguos, más o menos profundos, más o menos estratificados, más o menos ocultos– que rigen el gesto y la palabra de los artistas, y gobiernan sus prácticas y la percepción que ellos se hacen y dejan ver de estas.

Referirse al principio de la *diversidad* implica rechazar la idea de que algunos marcos de la vida colectiva o individual puedan estar dotados de una necesidad (lógica, política, psíquica, jurídica) tal que se sitúen fuera del alcance de la transformación social y por lo tanto de la acción política.

Así conjugadas, la idea de *versatilidad* –que se refiere de manera general al conjunto de las posibilidades que dan forma al mundo literario en este caso, y pesan sobre los artistas que se mueven en su seno– y la de *diversidad* –que remite a la contingencia histórica de

las coacciones, a pesar de los procesos de desistocratización que las han naturalizado casi por completo—constituyen la base de la actividad creativa en cuanto se pretende crítica, y de la escritura política y emancipadora en cuanto debe elaborar una intertextualidad realista del mundo social, preocupado por definir las perspectivas y las posibilidades de la acción política a través de la escritura y lectura, pero también por discernir sus dificultades y sus límites.

El abordaje de esta antología se desarrolla como una exploración sistemática del inconsciente social tal como lo estructuran, entre otras cosas, las pertenencias de clase, pero también todas las ligadas a la fuerza a la vez objetiva y performativa de las categorizaciones sobre las cuales se apoya el funcionamiento jerarquizado del mundo social. La psicología de ese inconsciente, constituido por sedimentos depositados con el transcurso de la historia personal de quienes aquí escriben y por tanto colectiva en el cerebro de los individuos, en función de los medios sociales donde se han socializado, o de las identidades que se les han dado como morada de su ser-en-el-mundo, sobre todo en virtud de la nominación insultante y la asignación a categorías estigmatizadas, es uno de los principales medios, uno de los principales recursos de que dispone este ejemplar literario para deshacer las evidencias dóxicas del mundo en que vivimos y la complicidad tácita con que cada uno de nosotros, día tras día, quiéralo o no, se entrega a ellas.

El análisis de los textos aquí reunidos delimita el campo del acto creativo-literario-crítico, si se considera este

como el lugar donde se anudan los hilos de un proceder a la vez teórico y político que se asigna como horizonte el ideal de una construcción de carácter radical y que, por consiguiente, aspira a estar siempre abierto y permeable a la llegada del acontecimiento, de lo inédito, atento al porvenir contenido y anunciado lo que se mueve en el presente, a las líneas de fractura que se dibujan en él y, por lo tanto, al presente acorde a la forma y el sentido que ya le confiere el porvenir hacia el que tiende.

Sin embargo, por más contundencia que aquí se le asigne a los textos consignados, este libro está ligado también a las interrogaciones a las que dan origen los esquemas sociales y las afirmaciones políticas siempre en el contexto de un ejercicio de creatividad literaria. Ahora bien, cada uno de esos esquemas, cada una de esas afirmaciones, aparece, se despliega, cambia en función de un ritmo, una temporalidad que le son propios. Foucault nos exhortaba y exhorta a desconfiar del hegelianismo que recorre la filosofía política y nos incita a percibir el tiempo como si estuviera unificado: es indispensable concebir el tiempo de la literatura (entendida esta como herramienta política) como no homogéneo. En esa heterogeneidad, esa pluralidad, esa multiplicidad, se juegan las resistencias a los mecanismos complejos de la dominación (concepto que tampoco puede ser unificado ni unificante). Y en esas resistencias escritas se inventan las prácticas emancipadoras y se abren las canteras de las nuevas escritura y literatura contemporáneas y, por consiguiente, las de la

transformación política y cultural que el arte es capaz de llevar adelante.

En conclusión, y sin mayores preámbulos que los otorgados, esta es una obra que se defenderá por si sola.

Federico L. Baggini

Diciembre 2019

Albí Serial

¿Para qué escribir?

Para expresar lo que el inconsciente no puede decir con palabras, para expresar en forma de metáforas nuestra historia, nuestras convicciones o nuestros ideales.

¿Para qué leer?

Para transportarnos a un mundo que no es el nuestro, para experimentar sensaciones de otros y apropiarnos las.

La unidad de celda

Era una noche de viernes, hacía frío, la lluvia intermitente se intercalaba con episodios de viento helado. Había estado sentada durante horas frente a la computadora estudiando la estructura cristalina de una proteína. El cristal estaba compuesto por celdas repetitivas que contenían a las moléculas en forma regular y estructurada. La unidad de celda era triclínica, es decir que la longitud de todos sus lados era diferente y los ángulos también lo eran. El gráfico de la estructura de las celdas mostraba a las moléculas como personas sentadas en una mesa poligonal donde cada una de ellas podía interactuar por lo menos con otras dos. El eje de simetría era único y central, aunque no estaba tan segura de eso. Ya casi había resuelto el patrón de uniones cristalinas, cuando se empezaron a mezclar imágenes de una narración que tenía que escribir o mejor dicho que tenía que encontrarle un final. La historia empezaba en mi pueblo natal, con una niña pelirroja, de pequitas en la nariz y de cachetes colorados como protagonista. Había nacido en una familia de clase media baja, con padres trabajadores pero severos. Ella era muy aplicada, estudiaba todos los días, era muy curiosa e intrépida y se metía en problemas todo el tiempo. Por un momento olvidé que Pedro, mi amigo daba un concierto a las ocho en Barracas y ya eran las seis y media. Pedro en ese entonces (o tal vez siempre) estaba un poco deprimido,

hacía un tiempo largo que lo habían echado del trabajo y después de varios años de estar sin hacer nada, tirado en el sillón, daba un concierto de música popular. La función había sido anunciada hacía varios meses por las redes sociales. Se me hacía tarde, así que me levanté para arreglarme y salir más o menos a horario. No estaba tan desalineada después de todo, ya estaba maquillada, debía elegir el vestido y la cartera o el bolso. Fui hasta mi habitación y elegí el vestido negro de diseño artístico que a su vez me quedaba entallado y su falda llegaba unos centímetros arriba de la rodilla. El vestido negro combinaba muy bien con las botas negras, quedaba así toda de negro, ideal para confundirme con la negrura de las luces apagadas por si tenía que salir a la mitad del concierto. No estaba muy entusiasmada con la salida pero sentía que debía ir. Después del vestido vino el perfume, busqué en el cajón donde botellas de la misma simetría pero distintos colores contenían fragancias apenas diferentes y de la misma marca. Ninguna de ellas me convenció. Al hurgar entre los frascos, que descomponían la luz como prismas, sentí con deleite la mezcla de los aromas, debajo, en un costado, estaba el perfume que me habían regalado en Colombia. Estaba contenido en un botella cilíndrica y alargada de color rojo, en su etiqueta brillante se podía leer Sensual. Era muy maderoso con tonos vainilla y justamente porque no parecía ser lo que indicaba en la etiqueta fue el que elegí. Rocíe apenas a los lados de mi cuello y en la parte interna de mis muñecas. Nada exagerado, discreto. Mi amigo Pedro me iba a presentar a Juan, que a su vez era su ami-

go y que lo iba a acompañar en la interpretación. Ya me estaba imaginando la cara de complacencia por compromiso que debía poner cuando lo escuchaba. La idea de la presentación me fastidiaba bastante. No hay nada más incómodo que una presentación de alguien que se supone que yo le gusto, solo porque vio una foto de perfil en mi Facebook. No hay nada espontáneo, hay que calcular que se va a decir, como se va a saludar, como conviene ir vestida, un conjunto de tácticas que hay que pensar de antemano. La mejor presentación es la que no se hace.

Después de guardar el perfume, tomar algunos billetes de la caja sobre de la mesita de luz volví a la sala. La computadora era como un inmenso imán que me tentaba a seguir escribiendo la historia que se aparecía a cada rato en mi cabeza. La estructura del cristal se dibujaba con fondo negro en la pantalla. Las moléculas al mirarlas parecían seres amorfos conversando, tratando de tocarse algunas y de separarse otras. El viento agitaba las plantas que estaban en las macetas sobre el alfeizar de la ventana que daba a la calle. La protagonista tenía una curiosidad voraz, no había lugar que no había revisado, le gustaba trepar por las paredes, siempre aparecía en su casa, sucia y con lastimaduras, algunos vecinos se quejaban porque los espiaba, sus padres la castigaban todos los días. No había día que no le pegaran entonces, una vecina empezó a elaborar un plan para sacarla de la casa.

Luego de un suspiro tomé el espejo y empecé a retocarme las pestañas, oscurecí mis cejas con el lápiz y puse un poco de base tostada en mi nariz y en mis pó-

mulos para disimular las manchitas. Me puse el abrigo que hacía juego con el look de detective de Alemania Oriental y me senté frente a la computadora a buscar qué colectivos me dejaban cerca del café donde se iba a dar la función. Encontré uno que pasaba a pocas cuadras de mi casa y me dejaba a seis cuadras por avenida Montes de Oca, en Barracas. Anoté todo en un papelito y lo puse en la mochila junto con mis anteojos de ver de lejos, el celular, la billetera y los documentos. Apagué la computadora, después las luces de la sala, y diciéndome -“Qué pase todo rápido”- salí por fin de mi departamento, cerré la puerta y caminé hacia la parada del colectivo. La vereda estaba humedecida por la llovizna que se hacía más fuerte a medida que caminaba hacia mi destino. La calle estaba desierta y silenciosa solo se oía el ruido de las chapas moviéndose por el viento. La niña era ya adolescente y además de pecas, tenía granitos en su cara, había conocido a un chico de su edad que saltó una pared llevando una caja de zapatos, mientras ella fumaba un cigarrillo a escondidas, en la terraza de su casa. El muchacho la miró con sus ojos azules y le sonrió. Ella, sin pensarlo demasiado y dejándose llevar por el impulso hormonal saltó la pared que la separaba del ladronzuelo y ante la mirada atónita del chico le dio un beso en la boca. Los dos quedaron mirándose en el medio de la azotea de un vecino, mientras los perros se deshacían en ladridos rabiosos. Cuando faltaban pocos metros para llegar a la parada de Corrientes y Larrea vi pasar un 24. Al llegar a la esquina encontré tres personas más intentando cruzar la avenida. Cuando alcancé el cobertizo me paré

junto a una señora que buscaba en su cartera un paraguas plegable mientras se podían ver las arcadas iluminadas de la fachada del Abasto. Al abrir el paraguas transparente se pudieron contar ocho rayos que salían desde el centro. Una ráfaga de viento torció uno de los rayos quedando el paraguas sin simetría. No pasaron más de dos minutos cuando se vio a un colectivo 24 parado en el semáforo de Pueyrredón. La señora paró el colectivo y subió primero, yo pagué y me senté en el segundo asiento de cara a la mayoría de los pasajeros que me miraban indiferentes. El interior del colectivo parecía la nave espacial de viaje a las Estrellas, el comando quedaba detrás de mí. La protagonista debutaba con el ratero en el césped detrás de los vestuarios del club del barrio en una tarde de verano. El sol caía y dibujaba un cielo de distintos tonos de rosas, naranjas y rojos detrás de los muros del club. Sin que la parejita se percatara, la Policía estaba presenciando la escena porque seguían de cerca al ladrón. Cuando la sesión de amor barrial terminó, el chico llevó a la adolescente dentro del club y le entregó varios fajos de billetes envueltos en papel de diario que la protagonista guardó dentro de una carterita de gamuza marrón. Luego, disimuladamente se escapó por la ventana del vestuario. Después de unos minutos la Policía entró al baño del club y agarró al muchacho, lo esposó y lo llevó al patrullero. La cara del ladrón sería parecida al pasajero que estaba sentado justo enfrente a mí, vestido con un conjunto deportivo con capucha y mirando hacia abajo. Los rostros de los pasajeros ya me parecían conocidos como si hubiesen vivido en mi cua-

dra o serían las versiones adultas de mis compañeros de escuela. La protagonista con el dinero que le había dado su noviecito se fue caminando hasta su casa, entró casi sin ser vista y puso la carterita debajo del colchón. La madre la llamó para cenar, en la mesa le preguntó por qué había llegado tarde y qué había hecho ese día. La protagonista contestó con evasivas y al terminar de cenar fue a darse un baño rápido en una palangana. Se durmió en su cama recordando las escenas de amor en el césped del club. El romance con el ratero llegó a oídos de su padre, quien después de retarla le dio una paliza. La vecina que la seguía de cerca la invitó a su casa. La protagonista que ya tenía dieciocho años salió del país con su carterita de gamuza y documentos falsos. Los padres hicieron la denuncia sobre su desaparición. Nunca más fue vista en el barrio, a su novio lo largaron y al enterarse del hecho se casó con una chica decente y encontró un trabajo nuevo. Una pareja de senegaleses sentados en los asientos traseros charlaban y reían mientras el colectivo daba vueltas y vueltas, poco a poco se iba llenando de gente. Ahora llovía y cada tanto el viento hacía que la lluvia golpeará en las ventanillas. La adolescente pelirroja y con rulos llegaba a Cuba y la gente la esperaba en el puerto de Habana de Oriente acurrucada bajo sus paraguas, los vidrios de las ventanillas comenzaban a empañarse. Subió una pareja con una niñita morena con dos colitas y dos moñitos rojos, su mamá era blanca y su papá tal vez venezolano o colombiano. La niñita y su mamá se sentaron a mi lado, la criatura cada tanto me sonreía y me mostraba su muñequita de tela

con trencitas rubias. El gobierno de Cuba ubicó a la pelirroja en un departamento de Centro Habana, allí terminó sus estudios y entró en una escuela especial de espías. En el barrio conoció a un convicto con libertad condicional con quien tuvo una hija con trencitas rubias. La joven pelirroja que ahora era trigueña de pelo lacio le leía cuentos a su hija todas las noches y cuando su papá no estaba en casa dormía con ella y le contaba historias de su país. La niñita con la muñeca de trenzas se quedó dormida mientras agarraba mi mano. Sonó mi celular era mi amigo Pedro el que llamaba.

- Hola, Nadia? ¿Dónde estás?

- Estoy en el 24 yendo para Barracas, llego en un rato. ¡Empezá si querés! No me esperes. Si cuando bajo del colectivo encuentro un taxi rápido, estaré en 10 minutos, sino voy a tener que caminar seis cuadras, y llegaré más tarde. Está lloviendo mucho y el colectivo va lento.

- Se suspendió el concierto. Nos cortaron la luz. Venite y comemos unas pizzas con Sofía. Está Juan.

- No lo puedo creer. Está bien, bajo del colectivo y voy para tu casa, estoy en Humberto Primo.

- Te espero.

Bajé del colectivo y tomé un taxi, estaba cerca de la casa de Pedro, así que en pocos minutos ya estaba tocando el timbre de su departamento. Vino Sofía a abrirme la puerta, la luz amarillenta, el ascensor de rejas, el jaulón subía lentamente, Sofía estaba dispuesta en diagonal a mí, trazando una trayectoria que cortaba el ascensor en dos mitades... Me estaban llevando a declarar por el caso de un espía ruso en Berlín, las puer-

tas de madera con manijas doradas, los pisos lustrosos de mosaicos como tablas de ajedrez, pensaba qué me preguntarían. Al llegar al cuarto piso, Sofía la espía italiana abrió la puerta del ascensor, me dijo que bajara, y en la puerta estaba Pedro con el supuesto interrogador. Nos presentaron, mejor dicho yo, me presenté sola, Juan y mi amigo Pedro estaban mirando la televisión, faltaba poco para que empezara la veda política antes de las elecciones. Pedro le pidió a Sofía y a Juan que me dejaran sola con él y que fueran a comprar unas cervezas, que teníamos que hablar. Al quedarse solo conmigo me preguntó cómo me sentía, cómo estaba y si había podido resolver el problema. Yo le conté que estaba preocupada porque no podía calcular con exactitud las interacciones que tenían las moléculas de una proteína con simetría central y grupo espacial triclinico. Por supuesto que Pedro no entendió nada, tuve que explicarle que era como un cubo con lados diferentes pero que no tenía ángulos rectos sino agudos y obtusos y que no podía darme cuenta como las moléculas de proteína podían haber formado una estructura así. La cara de sorpresa de Pedro fue tal que la protagonista tuvo que justificarse que estaba muy ocupada porque había tenido una niña con el reo del cual se había enamorado tanto que ya no extrañaba a su noviecito en Argentina. Sofía y Pedro regresaron con dos botellas de cerveza, las mejores de Berlín, los cuatro nos sentamos a la mesa a charlar, Pedro estaba sentado con su cuerpo paralelo a mí, mirándome a los ojos todo el tiempo, a su lado derecho estaba Sofía quien nos miraba fijo y a veces de reojo, a mi lado derecho estaba Juan

tocando la guitarra casi siempre mirándolo a Pedro y algunas veces mirándome con disimulo a mí y yo miraba a Pedro casi todo el tiempo para evitar mirar a Juan. Era un cuadrilátero perfecto atravesado por una línea imaginaria entre los ojos de Pedro y los míos. Pedro no paraba de hablarme, y a veces se mordía el labio inferior, otras veces cantaba pegado a Juan y muy de vez en cuando agarraba a Sofía de la mano. Sofía cada vez que se levantaba me pateaba los pies debajo de la mesa. Después de la cena vinieron los mates, Sofía dos veces me cebó un mate hirviendo. Nuestras posiciones formaban una estructura que para un observador a lo lejos esa representación sería similar a las unidades de celda de un cristal donde las moléculas no cambian de posición dentro de él pero pueden tener distintas funciones. La protagonista pasaba de ser espía a ser doble espía y luego contra-espía mientras sentía que la información se filtraba por todos lados como el agua en la estructura cristalina de una proteína. Ella, siempre o casi siempre se veía asimismo en el medio de la unión de dos triángulos que formaban una celda poligonal, en una plaza, en un barrio, en una provincia, en una pista de aterrizaje o congelada en una cárcel de Alaska.

Ayelén Cáceres

Leer, para qué leer... qué pregunta, es tan compleja como la anterior. Leer para conocer, imaginar, soñar.

Solo se me ocurren verbos, identificarse, pensarse. compartir con otrxs, leer para crecer, para liberarse, para liberarnos, para crear nuevos mundos posibles, leer como combustible, como alimento, una manera de estar presente, para estimular la lectura en otrxs para muchas cosas más, infinitas.

Escribir, para decir, para comunicar, para sacar afuera, para compartir, para alivianar el paso, para construir mundos, construir palabra, discurso, reflejar acción, dejar registro, hacer memoria, expresar, una manera de hacerse presente, para homenajear, para cosas que aún no descubro. Para descubrirme, para presentarme, para mostrarme ante lxs demás y ante mí misma. Para estimular la escritura en otrxs porque sí, porque quiero. Para hacerme bien.

Amor Militante

Espacios que se vuelven trincheras.
Trincheras que se vuelven encuentros
Esos momentos en que el tiempo no es regulador
Donde las risas se vuelven lagrimas
lagrimas cargadas de amor, emoción, algo de
impotencia y furia
que se vuelve a transformar en risa y respiro.
Porque nos sabemos allí con otros,
Sabemos que no estamos solxs
¿Faltan algunxs? Sin duda
¿nos gustaría ser más? Claro que sí
La magia de este amor no es para cualquiera,
La magia de este amor está reservada
a quien se atreve a poner el corazón
como ingrediente alquímico para la magia.

Lugar seguro

¿Cómo estás?, preguntó mientras lavaba sus pequeñas manos.

Sentada en el borde de la bañera mientras la miraba lavarse las manos, respondí; *no lo sé, no lo pensé. Me siento bien. Supongo que debo estarlo. A veces dicen: mejor que pensar es sentir. Así que eso haré.*

Siguió con sus preguntas, mientras yo me esforzaba en que las lágrimas, producto del nudo que cerraba mi garganta, no rebalsaran el parpado.

¿Te vas mañana?

No, el jueves. Respondí.

Ah, falta poquito, tenemos que jugar mucho entonces.

Y aunque con mi mente de pseudo adulta me cueste un poco más entendí todo. Jugando, jugando mucho, es donde nos conocimos y así seguiremos por siempre incluso a kilómetros de distancia

Ese es nuestro mundo. Lo creamos y siempre iremos a él para estar juntas. Ese es nuestro lugar seguro.

Ella lo sabía y dejó que yo lo descubra.

Si voy a ser mariposa, quiero ser monarca.

Si fui gusano y ahora toca ser oruga, entonces quiero que ese tiempo de oscuridad y ostracismo de oruga sea para ser mariposa, y de ser mariposa, quiero ser monarca.

Cuando reflexiono, en mi mente se van formando diálogos. son como dos o más amigas conversando, impulsando, cuestionando, yendo y viniendo con la idea como amasándola para hacerla suave, homogénea y bien integrada. Esos diálogos bien podrían ser como este:

Estoy en fase oruga, ya seré mariposa. Sí, todo bien, pero tantos días de oruga para vivir unas pocas horas de mariposa... ¿cómo es esto? Creo que ni da, mejor ser pájaro que también vuela, y vive más. ¿Qué si lo atrapan? Claro que si lo atrapan también puede ser encerrado y aburguesarse porque tiene casa y comida asegurada, entonces engorda, canta poco, total lo van a seguir alimentando... ¿Volar? Bueno, poquito. ¿Saltar y caer con estilo es volar? Si pensamos poéticamente en un pez, puede ser. “¡Uy mira como voló!”, pero, ¿los pájaros? Los pájaros si vuelan; claro que para ello necesitan espacio, amplitud, aire, continuidad, objetivos, necesitan hambre, ganas, de comer, de volar, de aparearse, necesitan hacer trascender de su vida material, el conocimiento, los saberes del colectivo. Es por

eso que vuelan y enseñan a volar a los más pequeños, es por eso que vuelan y vuelan: porque los más pequeños aprenden, también por imitación. (¿Será por eso que mi mamá decía se educa con el ejemplo? ¿Será por eso que no me banco la incoherencia?)

Bueno, volvamos a la mariposa. Y más específicamente a las monarcas. En Cuba (sí, en Cuba, de nuevo con Cuba) aprendí, porque un compañero mexicano me contó, que las mariposas monarcas viven aproximadamente nueve meses. ¿Nueve meses?, exclamé sorprendida. Naahhh si viven un día, creo que pensé duran un día, pero me pareció fuerte, ¿quién soy yo para decir que duran y no que viven? Quizá así sea por veinticuatro horas, tienen más capacidad que muchos seres humanos de vivir en plenitud. O quizá sea justamente por esto, porque saben que tienen solo veinticuatro horas. que no se cuestionan tanto y se dejan fluir por el saber colectivo, para vivir con plenitud esas horas que tienen para vivir.

Volviendo a las monarcas. Parece, así me dijo Eloy, que nacen en Canadá y viajan durante meses recorriendo. En un momento del viaje entran a un bosque en México y allí quedan un tiempo. Cerré los ojos (No recuerdo si fue material que cerré los ojos), y las vi: era un bosque hermoso, cálido, en armonía total. Imaginaba que si el bosque no estaba en armonía, ¿para qué iban a ir las monarcas al bosque? (Como la barba de viejo, si no hay suficiente oxígeno, entonces no vive, busca otros lugares que sean más propicios para vivir). Imaginé hasta sonidos, luces, aromas. ¿Cómo a partir del dato de las monarcas, su viaje y el bosque, llegue a to-

do eso? Mmm... no lo sé. Pero pienso que así me gustaría a mí: Si después de viajar bastante me detengo en un lugar, entonces tiene que ser un lugar que me haga sentir bien, sino, ¿para qué? Imagino que los viajes de las monarcas no tienen por qué ser la excepción, hay muchas cosas que no son cien por ciento copadas, que no son cien por ciento goce, y eso es magnífico porque la experiencia enseña. Imagino que tras su tiempo de introspección, encerrada en fase oruga, vivieron y experimentaron un montón como para luego elegir detener su andar por un espacio que no sea bondadoso y donde ellas no puedan ser, siendo ellas mismas, bondadosas con el espacio.

Me queda saber más sobre estas mariposas monarcas, que ya con lo poco, poquísimo que sé de ellas, me armé todo un fundamento del por qué en caso de ser mariposa quiero ser monarca.

Tiempo

Tiempo, ¿Qué es eso?

Algunos lo miden

Algunos lo cuentan

Algunos lo pierden, otros lo encuentran

Y otros... otros lo crean.

Me pregunto qué pasa con los medidores del tiempo en aquellos momentos en que el tiempo vuela. Donde la intensidad de lo vivido es tanta que mientras uno la vive parece poco y cuando la recuerda, la piensa, la reflexiona... parece tanto el tiempo vivido y sin embargo a juzgar los medidores del tiempo poseen para estas situaciones ingratos e imprecisos instrumentos que no valoran el tiempo de lo vivido.

Tiempo que cosa extraña.

Ezequiel German López

Leer para ampliar la mente y escuchar las voces de otros, calmar las propias. Leer para liberarse, entender, mirar por otros ojos, pensar, para que nada tenga final.

Escribir, para conocer la mente y escuchar las voces propias, calmar la existencia que ingresa en nosotros. Escribir para liberar, entender, los ojos ajenos-que nos miran- pensar, para que todo comience.

(1)

El encuentro es fatal. Mezcla de agonías, desconciertos y frustraciones. Pensamientos perdidos, cuando llegan atisbar una luz en la realidad concreta. Exterior punzante, de tan sincero. Energía agotada por la nada concreta, cruel, vacía.

¿Cómo comenzar con tanto peso encima?

“Había una vez” ya no sirve. La idea de ayer, no sirvió. La que hace unos días, con ferviente entusiasmo e iluminación, se perdió por túneles escondidos en la memoria y desapareció, hoy solo aparecen partes confusas que frenan todo tipo de intento.

El valor solo contribuye al lodo que estanca el avance.

¿Cuántas preguntas van a surgir antes de comenzar?

¿Qué provoca que ahora lo que se escribe tardó más de siete minutos en comenzar? ¿Qué hay detrás de un congelamiento total de palabras?

¿Es cuando se balbucea algo parecido?

Sensaciones parecidas a este momento: No recordar dónde se terminó de leer la última página del libro que tanto estamos entusiasmados por perder la marca que tan amorosamente habíamos marcado. Así que releemos lo último dónde, por un esfuerzo descomunal de la memoria, tenemos un mínimo indicio por dónde pensamos en qué lugar comenzamos a leer, y a las pocas líneas percatar que algo estamos repitiendo, se continua igual hasta volver a engancharse con la trama.

Repito la pregunta:

¿Cómo comenzar con tanto peso encima?

No solo peso con este encuentro, sino con la existencia misma. Agregado a este hecho tan común para cualquiera que quiera comenzar una historia, sea ficción o realidad o información.

De nuevo, el freno, entre este párrafo y el anterior pasaron más de diez minutos. Releo todo lo escrito hasta aquí, como en la anterior parada. La batalla comienza otra vez. Casi pierdo la noción de todo lo que intento armar como rompecabezas. Si, lo dije de una buena vez, enfrentarse a esta situación es romperse la cabeza con la nada.

Se presenta la primera imagen nítida de toda la situación: un paisaje de campo, un pastizal verde infinito, abajo, el cielo intenso celeste, totalmente despejado. El horizonte. El silencio. La sensación por un instante que se detiene el tiempo, se congela.

Vuelve el río de pensamientos, y como forma de nube se mueve todo otra vez.

(2)

Los movimientos son lentos. De un lado a otro, izquierda y derecha, hacia atrás, adelante, por momentos parecen circulares. Las hojas se mueven de a cientos a la vez, generan el sonido similar cuando se lanzan a volar las aves, como si fueran alas verdes, y tiemblan en las ramas.

El árbol se inclina, hacia el este, tanto, que parece que va a caer, pero resiste.

Las hojas secas sobre el suelo se elevan en el aire, giran descontroladas forman círculos, giran sobre si, suben, caen, se arrastran sobre el asfalto, vuelven a elevarse, chocan entre ellas, se amontonan.

La arena quieta, uniforme, atrapada por el mar, brilla por el sol. Hasta que comienza a moverse, dividirse, saltar, rozarse, amontonarse, forma montañas amarillas.

Aparecen personas, caminan entrechocándose, los autos hacen ruido. El cuadrado de madera de la ventana, se abre, se rompe en pequeñas partes el vidrio, en el aire, se iluminan con los rayos del sol como pequeñas estrellas que van desapareciendo en la sombra que genera la pared.

Los cuerpos luchan para seguir avanzando, parecen sostener una pared en sus espaldas, igual avanzan, sus cabellos se revuelven.

Por la nariz se escucha el sonido al suspirar. Por dentro de las personas, se agita el alma cuando se mira la rea-

lidad, o también, por las emociones, por las frustraciones, por la muerte.

Se cree que el viento, genera todas estas realidades.

(3)

No podía de otra
ni de aquella
manera
tan nuestra estas palabras
otra manera, aquella
tan bella y lejana
la idea
por vergüenza
razon, timidez
todo compilado
el azul lejano,
en este tiempo de tempestades
miles de kilometros
y la forma, el cuerpo y la mente
no puedes, puedes, respeto y distancia
desde aquí, el sur
hemisferio y desierto
ahora e instante
eterno
y final
nos volveremos a ver
o no
solo queda vacio y risas
vacio y verdad
solo eso
una estela en medio del cielo oscuro
que por favor sea al menos

un poco de claridad entre tanto
barro

(4)

Fue una partida, el regreso, después el vacío, luego nada. Era pensar, imágenes dentro alborotadas, asociaciones bárbaras, creer que todo era verdad. Persisten como fotografías los pensamientos del pasado, lo vivido, el futuro. Incrementa, entonces más, la veracidad.

Se quiebra una rama. Un hueso. El alma. Revientan las luces, del cielo, la noche, las estrellas.

Como no desvariar. ¿Debemos tener miedo? Hacia donde caminar, Adonde ir ¿Y el temor?

Avanzar ciegos. ¿Qué hacer con la oscuridad alrededor?

Resistir, a tientas, tocando sin saber. Recorrer, avanzar, terminar. Atravesar el velo.

¿De dónde vienen esas imágenes que sobrepasan el cerebro? ¿A dónde van?

Cómo esta sostenido todo, desde dónde, para qué. Quién sostiene.

Quizá la existencia sea una melodía que no entendemos del todo.

Y luego el caos, lo organizado, se vive sobre eso, adentro, afuera. Se sigue.

Lento, como en altamar, subiendo, bajando, flotando. El silencio nunca termina.

Nada se salva

Tenían las dos los ojos cerrados. Estaban con sus cuerpos quietos. Congelados. De la boca de una de ellas se expandió por todo el lugar un grito desgarrador. Lo mismo desde el otro cuerpo, pero el sonido fue más suave, generaba la sensación de un mar calmo, y sobre todo, que el tiempo era lento, no importaba si pasaba o no.

Alrededor de ellas, se arremolinaban sombras. Giraban en círculos a alta velocidad. Se frenaban, quedando suspendidas en el aire, gritaban en sus oídos y las hacían temblar. Se podía notar como caían sus lágrimas por sus mejillas.

Una de las mujeres abre los ojos de repente, con el rostro aterrado, mira para todos lados, le tiembla la cara de tanto horror que le genera.

Como bolsas negras flotando en el aire las sombras se retuercen alrededor de los dos cuerpos, frenan frente a sus rostros, toman la forma de un animal, gritan y vuelven a su danza alrededor del lugar.

La otra mujer, también abre los ojos y repite de la misma forma que la otra, abrir los ojos, temblar, aterrada.

Las sombras vuelven con más violencia entre los cuerpos, comienzan acelerar su danza, y al frenarse una vez más delante del par de ojos, se nota la silueta de un lobo, luego toman mil formas geométricas arremolinándose, en el mismo lugar, suspendida en el aire.

Toma en segundos, la forma de un pico, las alas, las plumas, y los ojos de un águila, las mira fijo a las pupilas.

Después, el ave planea en círculos, desaparece y aparece un bulto negro, que se retuerce en el aire, y aparecen dos ojos de búho, observa todo el lugar y sigue girando cerca de los cuerpos.

Con un sonido grabe, la cabeza de un león aparece desde el fondo del lugar con su gran cabeza y pelaje, mira serio la escena, vuelve desde dónde salió, lo mismo sucede cuando aparece una larga trompa, y mientras tanto se mueve lento, toma el tamaño real de un elefante, que dura unos segundos, vuelven las sombras. Sucesivamente van tomando forma otros animales, como el clásico color negro y blanco de las cebras, un mono que se tapó la boca, luego los oídos y finalmente los ojos, un tigre ocupó con su color amarillo todo el recinto, los cuernos del toro estuvieron cerca de clavarse en el corazón de cada una de ellas. Un búfalo hizo que por sus narices saliera un humo espeso, enojado. Mil animales más fueron danzando, formas diversas que al acelerarse aquel espectáculo, no llegaron a distinguirse.

Después de un largo silencio, desde el fondo oscuro, muy bajo y agudo, comienzan a distinguirse sonidos, una risa extraña, parecido a las hienas. Las mujeres comenzaron a girar espalda con espalda.

Mientras tanto, aquel sonido aumentaba, y todo comenzaba a oscurecer.

Hasta las sombras con forma de bolsa se quedaron suspendidas en el aire.

Los cuerpos de cada mujer se desencajaban de tanto temblar.

Desde dónde provenían los sonidos, se notaba como una vibración conectaba con las sombras, y un fuerte rugido provocaba que todo vibrara en el lugar, como un terremoto.

De repente, como si fueran golpeando metal, se escuchaba a las sombras gritar. Se notaba como se iban transformando en algo similar a torsos de hombres. Por varios minutos se fue expandiendo el sonido, sin frenar un momento. En aquellos torsos, comenzaron a formarse en su centro, un gran agujero negro, con forma de boca. Segundos después, aquellos torsos, comenzaron a succionar todo alrededor.

Sucedió en minutos. Con forma de espiral ascendente y descendente, los hombres giraron, se escucharon gritos de cuerpos desgarrándose, sonidos de huesos que se iban quebrando.

Luego volvía el silencio y el olor a muerte.

Federico Alvarado

¿Para qué leer?

Para descubrir otras realidades en nuestra propia realidad. Leer para indagar en las indagaciones de otros y para conocer el conocimiento de otros, que también es, o pudo ser, o quizás pueda ser el nuestro a pesar de que un libro tenga el propósito -o despropósito- de tomarnos incautos y previsibles, como un ladrón de significados que pretende robarnos lo único que puede darle sentido al hurto o a la sorpresa: la comprensión. Lo demás, es un viaje interminable a través de las palabras.

¿Para qué escribir?

Para horadar en uno mismo, inmiscuirse más allá de las entrañas y extraer eso que le hace cosquillas al espíritu -desde un punto de vista positivo- o bien arrancar con desesperación eso que muerde la piel de la conciencia -en los casos más extremos. Escribir, escribe cualquiera. Pero extraer del fondo más al fondo del fondo más al fondo y tan al fondo que ya no parece fondo sino superficie -es decir vuelta y comenzar- esa criatura similar a un topo incansable que hurga sin cesar hasta dar con algo semejante al fondo, entonces eso sí: eso es muy parecido a escribir.

Tiara de diamantes

Las flores no son flores allí donde las veo.
La fuente no es la fuente donde poso la vista.
¿Cuál será la contienda, la que oponga y resista?
¿Qué me aguarda en el fondo, si cedo al titubeo?

Las horas montan pronto los corceles del miedo,
se anuncian donde sea por su trote agresivo.
La muerte, suave y dócil, no es como la concibo.
¿No hay moneda que pague lo que cuesta el denuedo?

No te asustes, mi amada,
por las manos del hombre que cortan una rosa,
pues ellas también forman el cuerpo de una diosa.
Eres afortunada.

Cuán pequeño es el mundo cuando algo nos
conmueve.
Sentimientos intensos, emociones profundas.
La rueca que hila celos, dudas y barahúndas
nos enseña que todo resulta vano y breve.

No temas, vida mía.
La noche no envejece, su tiara de diamantes
brilla más que mil soles en ojos anhelantes
que aguardan por el día.

No seremos cobardes en la huida...

La sangre dejará pronto la herida,
pero no es suficiente, mi querida.
En esta vida sobra la cordura...
Brillaremos en la hora más oscura
con la luz de nuestro amor, mi dulzura.

Si estamos guarecidos a la sombra de un sueño
cual guardia en el castillo, cual hurón en la cueva,
¿por qué un ala está quieta, si la otra se despliega?
¿Acaso es confusión lo que merma el empeño?

Soy mi propio enemigo.
Libro a cada momento la más cruda batalla,
mientras la pasión habla tanto que el juicio calla.
Y tiernamente digo:
“Mi amada, vida mía.
La noche no envejece, su tiara de diamantes
brilla más que mil soles en ojos anhelantes
que aguardan por el día.”

No seremos cobardes en la huida...
La sangre dejará pronto la herida,
pero no es suficiente, mi querida.
_ Ven, abrázame fuerte. Sé valiente.
Puedes mirar a la muerte de frente,
tal vez logres que sea diferente...
En esta vida sobra la cordura...
Brillaremos en la hora más oscura
con la luz de nuestro amor, mi dulzura.

Lo dejaría todo, créeme, sólo por ti.

Los placeres mundanos, el oro de la fama,
los elogios del vulgo, la vanidad que inflama...
No será suficiente si me alejo de aquí,
mi amada, vida mía...

“La noche no envejece, su tiara de diamantes
brilla más que mil soles en ojos anhelantes
que aguardan por el día.”

¿Realmente quieres otro amanecer?

“Si es el último, contigo yacer.”

Beso en la sombra

Diviso tu figura venir hasta la casa
desde lo más profundo que guarda mi memoria.
Del aire que respiro se desprende tu aroma,
el rastro que tu piel dejaba entre las sábanas.

El jardín se ha cubierto por tupido zarzal.
No yacen más que ruinas donde antes hubo anhelos.
Los mirlos le cedieron el ramaje a los cuervos.
Ninguna flor se yergue por encima del pesar.

Se hundieron en la sombra los besos del pasado,
lenguas que se soltaron después de haberse amado.
El invierno del alma cubre todo alrededor.
Lo que yace debajo, ya no siente calor.

Luna tras luna surges espectral en la sala,
resplandeciente, ingrávida, ataviada de gala.
Tiendo hacia ti los brazos con férvida emoción,
pero es como abrazar una fría ilusión.

Me acerqué hasta tu boca cerúlea, mortecina
para que te acordaras del sabor de la vida,
para darle sentido a tu última sonrisa
antes que te marcharas con las luces del día.

Recuerdo aquella tarde de lágrimas y flores...
De pie frente a tu lecho, dejé allí mismo un sobre

con algunas palabras de pasión. Desde entonces,
te veo por aquí después de medianoche.

Te llamo sin cesar, pero no me respondes...
Espero que no olvides venir a nuestra cita.
Quisiera sentir que mi corazón se agita...
Por tu voz que pronuncia desde lejos mi nombre.

Bollos

Reducción de personal. Claro, se justifican tan fácil. Desprenderse así de los empleados, como si fuéramos pulgas o mosquitos. Me notifican hoy para pagarme recién al otro mes. Y me dicen que puedo interrumpir mis tareas en el día de la fecha, como si yo fuera un papel que se hace bollo para tirarlo con el resto de la basura. Ah, pero no les saldrá tan barato. Aún no termino con el reparto. Voy a sacar del bolso algunas cartas que nunca van a llegar a su destinatario. Empecemos por esta. Hola, mi amor. Te escribo esta carta para confesarte dos cosas: una que no puedo vivir sin vos, y otra que no voy a seguir viviendo sin vos. Linda forma de comenzar una carta, demasiado cursi para mi gusto. Sigamos, a ver si se pone más interesante. Desde que me pediste tiempo para pensar, bajé mucho de peso y casi no salgo de mi pieza. No tengo hambre, no tengo sueño y me lo paso viendo las fotos que nos sacamos con el celu. Este pibe está muy metido con la loca, se nota que la quiere. Me cuesta escribir con los ojos llenas de lágrimas. Para mí la vida ya no tiene sentido desde aquel día que nos despedimos como dos desconocidos. Te juro que no paro de llorar con la cara hundida en la almohada. Echo llave a la pieza para que no entre mamá y se ponga más triste que yo. Ella me lleva la comida, pero se la doy a Charly, que también se siente triste por tu ausencia porque ya no sale a jugar con los perros del vecino. Tiene madera de escritor. No

sé la edad que tenga, pero seguro es muy pendejo, me da la impresión. Ya no puedo seguir más, me tiembla la mano y no vas a entender la letra. Es verdad, me cuesta entender a medida que avanzo en la lectura. No quise llamarte porque tampoco busco fastidiarte y empeorar las cosas, pero estas dos semanas fueron muy difíciles para mí. Me parece que voy a perder el control en esta situación. Noe: si no me respondés esta carta en cuanto la recibas, me mato. Todavía no sé cómo lo haría, pero estoy decidido. Te lo juro por el amor que siento por vos y que me está consumiendo segundo a segundo. ¿Qué dice acá? Porque es...porque es... insoportable...Porque es insoportable seguir... seguir... seguir viviendo así. Te amo. Firma: Seba. Mierda, se volvió loco el pendejo. A ver la fecha del matasellos: ayer recibieron la carta en la oficina. A ver la dirección de entrega: unas pocas cuadras. Esa tal Noe vive por acá cerca. Ah, qué lástima me da este pibe. Escribe bien, no cabe duda que le gusta expresarse, como a mí. Si quiere ser escritor, que vaya olvidándose de cumplir lo que advierte, aunque la carta es muy convincente, se quiere matar nomás. Morir por amor, como pasa en las películas. Yo también quiero ser un autor reconocido, pero al paso que voy dudo que algún día logre dedicarme a eso, seguro ni llegue a publicar. En fin, ya hice un bollo con el telegrama de despido, y otro más con la carta del chico suman dos para llenar de bollos el tacho donde van a parar las ilusiones y las esperanzas de muchos. Pobre pibe, cuánto talento tirado a la basura.

Florencia Paula

Leemos, a modo de opinión, con el fin de nutrir nuestra mente. Busco en textos literarios o ensayos, particularidades que acompañen la existencia en mi presente. Los libros se convierten en guías y las metáforas en formas de visualizar los objetos o los hechos. Me hago parte de la lectura, se convierte en un acto presencial y revolucionario. Volver tangible las ideas en palabras y que estas construyan una gran pila de información, me hace creer que acercarse a la lectura siempre será provechoso. Y del mismo modo, hacer mover un engranaje de palabras y significados, que deberán reestructurarse con el mundo global.

Escribir puede abarcar tanto colores como sonidos u olores, siento que es preciso el ejercicio de las palabras escritas, ya que toman otra dimensión y otro peso en el mundo concreto. Deconstruir las palabras y sus significados, o encontrarse profundos en lo absurdo, son matices que surgen en el momento de la expresión.

Escribir para unirse y para llegar a lo interno. Escribir para resistir. Para compartir. Para buscar las maneras de canalizar el mundo en símbolos que limitan tanto como construyen. Escribir como una forma de romperlo todo de forma pacífica y con la herramienta más poderosa.

(1)

Éramos cuatro en un auto y todas menstruábamos. Era una época en la que nos gustaba tener polvo en los pies y sentir la revolución en el aire. El sol siempre calentaba y las risas dominaban. Nos mirábamos sabiendo la condición de guerreras. Una de nosotras, colmó el silencio y se anunció casi gritando, luego de ponerse un sombrero negro que andaba escondido bajo las mochilas, simulando ser la presentadora de una obra teatral : pasen, pasen y vean, museo de la bombacha. Traiga su bombacha y cuéntenos su historia, cuéntenos, señora, dama, mujer, niña, cuéntenos cuantos dibujos ve en la sangre que se expande por su ropa interior los días de guerra.

(2)

Nos entregamos al deseo del cuerpo, a la superficialidad de lo material. Los cinco sentidos nos repelan del alma si no hay una cuidada autodeterminación. Pero al único control que estamos sometidos, sin saberlo, es al control mental gratis. A ese que nos vendemos cada día. Llamado capitalismo, quizás, corporaciones. Intangibles ideas que son más fuerte que un virus. Nos olvidamos así del deseo, las ideas, la prodigiosa condición de ser individuos portadores de un alma, de una vida. Construimos con nuestra individualidad un estado. Pero olvidamos que somos dueños, nosotros, y no ellos.

(3)

No iba a dejar de buscar. No me iba a importar lo que digas. Evítese un problema y no entre a ese espacio oscuro, que quema, dentro del profundo sueño de la mente. Pero la cuestión no es no entrar, si no ir hasta la proximidad más cercana de ese espacio, que también es el fondo fangoso que nadie quiere ver. Es el fondo de un ropero, que nos asfixia entre la ropa vieja y polvorienta. También es el fondo de tus ojos que están llenos de secretos para mí, y ese es mi problema y mi peligro. Tu mirada.

(4)

Partido de dolores te escribo esta carta que nunca vas a leer. Esta mañana desperté roto. Abrir los ojos por y dar pie a la sucesión de segundos vacíos que determinan el paso de los días, es para mí una constancia nula. Solo despierto porque algo más fuerte que yo, hace que viva. Una suerte de maldición. Solo hay un vacío en un aire que pesa, que me cuesta respirar, que ni siquiera me deja llorar. Tus palabras ya no están más y este texto está partido. Como yo.

Karina E. Frican

Raíñiqueo

¿Para qué escribir?

Escribir para contar historias, o para inventarnos otras.

Para transmitir el suspenso o elegir el final feliz.

Para decir sin hablar. Para revelar que no somos papeles en blanco. Luchamos para combatir el vacío. Somos seres atestados de una historia y una cultura, que traspasa los límites establecidos de las normas. Desvanecemos la línea entre la fantasía y lo verídico.

Unimos la brecha entre ser y lo que queremos ser.

A veces escribimos para nosotrxs mismxs. Otras para que nos lean. A veces escribimos para gritar lo que callamos. Otras para decir lo impensado. Pero siempre, siempre escribimos porque somos rebelión de arte peleando contra un mundo de plástico.

¿Para qué leer?

Leer crea refugios intangibles, sostenidos por un fuerte de palabras que nos abraza y no nos deja ir una vez que le damos la oportunidad.

Leer crea refugios al que muchas veces, unx necesita recurrir... pero aún con más certeza, crea hogares donde unx siempre desea quedarse.

Carta

Encontré el frasco que me pediste que te guardara. Aquel que no querías que encontraran tus papás. Sabés que a mí no me gustan estas cosas, pero te lo guardé igual. Durante quince años, tu cara no se me pasó por la mente... hasta ahora, en la que me dedico a desempolvar las viejas cajas del fondo del ropero. Y al recordarte de nuevo, se me estrujó el corazón.

Volver a tener quince años junto a vos, saliendo del colegio. Te fascinaba caminar al costado de la ruta en este pueblo tan remoto y chiquito. Siempre encontrabas nuevos amigos, nuevos tesoros... eras capaz de entrever el arte en la repulsión cadavérica de los animales que morían al costado de la ruta, ya hubiese sido por enfermedad o atropello.

Fue en una de esas caminatas que encontraste al "ejemplar más lindo que hayas visto", según tus propias palabras. Estaba entero, expresivo, como abrazando su cuerpo. Agarraste al pequeño murciélago que yacía sin respirar sobre los yuyos, y me pediste que sacara un folio de la mochila para guardarlo. Lo metiste en un frasquito de mermelada, lo llenaste de formol y lo sellaste con una tapita decorada por vos mismo. Estabas tan orgulloso de tu pequeña artesanía. Nunca habías embellecido tanto a la muerte. El problema era, me decías, que si lo encontraban tus papás, esta vez "se podría todo". Sabías que no me gustaban esas cosas,

pero de todos modos lo escondí en mi casa , mis papás solían ser menos invasivos. Pensaba devolvértelo cuando encontraras un lugar donde esconderlo. Pero recuerdo cuando eso ocurrió: Era lunes 2 de abril por la tarde. Fui para dártelo. Pero no se pudo. Ese día tus padres encontraron debajo de tu cama al perro moribundo que habías rescatado hacía varios días en las vías del tren, al regresar del colegio.

Fue un desastre. Tu mamá gritaba como loca. Repetía hasta el hartazgo que ya no sabían qué hacer con vos, que por qué no podías ser normal. Tu papá, con la voz más fría que escuche en mi vida, dijo que hasta acá había llegado. Y te llevaron. Y no te volví a ver.

Algunos días sonaba el teléfono en casa, siempre a la misma hora, pero mamá nunca atendía. No sabía por qué. Me pregunto si habrás sido vos.

No sé si te llegará esta carta, no sé si te la darán tus padres. Podría dirigirme a ellos directamente y explicarle que yo te conocía, que vos nunca hubieses sido capaz de dañar a nada ni a nadie.

Pero prefiero avisarte que sí, que el frasquito sigue a salvo conmigo, como el recuerdo que parece haber estado sumergido durante años en formol.

Despertares

El tintineo de su cuerpo huesudo activa la alarma de mi cerebro. Impaciente, cuenta los segundos para adentrarse en mis pupilas.

Cuatro, tres, dos, uno... Algunas veces le gusta observarme desde la puerta. Otras solo se posa sobre el armario o la mesa de luz. Lee mis poemas, mira mis fotos, escucha mis discos...

Se infiltra en todas las cosas que me hacen feliz.

Me ama

Lo odio

Me necesita.

Despertares destructivos

El espectro del inconsciente en la misma cama, con su aliento helado sobre el cuello desnudo. Me enerva hasta interceptar sus oscuras intenciones: ¡¿Por qué no me hablás?! ¡Solo merodeas en esta densidad insulsa! Flotando en el limbo hueco y saturado a la vez de este mero sustento de una eternidad sin forma...

¿Por qué tenías que llevarte mi cabeza?

Te hubieras llevado la incertidumbre de mis entrañas...

Si arrebatarme la tristeza durante mi sueño era tu objetivo, ¡entonces te hubiera implorado que me arrancaras el corazón! Pedazos de mí que recolectas del suelo en esa cajita de cristal... Jamás serán suficientes para

construir tus castillos... Con la nostalgia de ese último segundo al que ya no puedo regresar... El bello vértigo de vivir insignificante bajo la espiral de la galaxia... La angustia convertida en tragedia hasta quebrarse en trizas dentro del pecho. Tal es tu vacío que hasta envidias mi dolor...

¡Exijo conocer tu voz o enterraré tu existencia para siempre!"... Y no ha vuelto a pasear su estela por la habitación.

Aún confío en su retorno con la primera luz de cada amanecer para arrancar el estuche de sus largas y pálidas manos, y volver a entrelazar mis piezas más valiosas. Recuperar mi cabeza.

Mientras tanto, el corazón sigue sangrando sobre las sábanas blancas.

Madre

Teléfonos que no conectan a ningún lado.
Comunicaciones perdidas. Distancias que no se terminan de concretar. Disforia entre tu plano y el mío. Barreras invisibles que nos obliga a palpar lo que hicimos mal.

Madre

En tu seno vive la presión de tu amor posesivo. El calor de tu amparo me asfixia al tiempo que temo la amenaza de tu abandono. Frente al modelo perfecto que mi piel rechaza y se rehúsa a encajar, aprendí a no volver a caer de los brazos que debían protegerme. Madre, ¿por qué rompes mis abrazos cuando busco tu refugio? ¿Por qué me obligas a huir de mi misma?

Despejo mi alma para limpiar la suciedad de tus dogmas; tragedias de la cultura opresora que tiñen con manchas mi vestido de inocencia. Mientras mi niñez corrompida se autoflagela en pos de purgar la culpa de mi vestigio, las certezas más dolorosas se hacen notar: algunas madres, a veces, devoran a sus propios hijos.

Madre

Podría quemar la arquitectura de tu egoísmo de una vez y para siempre. Volver a caminar los pasillos de

mis pesadillas una y otra vez hasta encontrar el punto en el que, el cuento de hadas que hemos construido... caiga en pedazos hasta librarme de la prisión de tu útero. Sé que solo con un parpadeo, tengo el poder de tirar abajo estas barreras de hipocresía y desatar el infierno... para dejar salir mi dolor.

Pero no, madre

No podría hacerte eso.

No podría quitarte tu felicidad.

Porque aunque solo sea un objeto producto de tu egoísmo

Yo te quiero.

Deseo

A través de silencios cómplices y palabras lejanas

Deseo hoy

Que puedas recoger cada uno de los pedazos
del pozo donde yacen todos tus sueños
Rescatar todas las sonrisas que se fugaron
y recuperar la ternura que robaron de tus ojos

Que no te sientas solo ni perdido
Porque la esencia que tanto anhelas construir
En realidad está floreciendo en tu interior
Escucha a tus entrañas suplicando que no te rindas

Deseo hoy

Que no permitas que la angustia opaque tu estela
Aún queda por reencontrar lo que alimentaba tu alma
Por favor no te dejes caer ante la desesperación
Mis brazos te sostendrán hasta que puedas volver a
reír

Deseo hoy

Que las venas de tu imaginación corran vivas
a través de cada noche de luna llena
Que viajes a lo largo y ancho de todos los universos

que vas a descubrir habitando en tu mente
Que bailes junto al fuego de tu propio ritual
y purifiques tu espíritu atrapado en las sombras

Deseo hoy

Que todo lo que duela se funde en oro
y llene de amor las grietas de tus cicatrices.

Luciano Bensi

¿Para qué leer? Leer es una forma de aprender pero también de aprehender el mundo en el cual estamos inmersos. Hay miles de motivos por los cuales uno lee: para saber sobre determinado tema, para estar al corriente de las cosas, aumentar la creatividad, desconectar por un rato, conectar por un rato, para inspirarnos, para entender los por qué, cómo y para qué... Pero a la vez, hay miles de tipos de lectores, y esos mismos, pasan por diferentes etapas en su vida, que condicionan sus posibles lecturas. Personalmente, creo que el libro es algo así como un compañero de ruta que está con nosotros siempre que lo necesitemos, y no reclama nada en absoluto, sino que se da entero para nuestro disfrute. Se lee para aprender, disfrutar, y principalmente para aprender a disfrutar y disfrutar aprendiendo.

¿Para qué escribir? Creo que escribir es una forma de desahogarme y desagotarme de las palabras que continuamente merodean en mi cabeza. Una especie de vómito, que me permite caminar con una mochila más liviana, y que al realizarlo da serenidad y calma. Una forma de silenciar los pensamientos, y una posibilidad única de autoconomiento. La palabra nos excede, y si "nada hay por fuera del texto", la escritura es una forma de hacernos cargo de nosotros mismos, de lo que nos pasa, y de lo que queremos transmitir.

Corazón hecho pelota

La abracé, como se abrazan a los dulces amores.

La toqué, como se tocan a los armónicos instrumentos.

La acaricié, como se mima a los frágiles recién nacidos.

La amé como nadie en el mundo amó jamás,

Y aún así, fue la única capaz de destruirme.

La única capaz de hacerme despertar esas pequeñas gotas de los ojos,

La única que logró mantenerme despierto todas esas noches, solo por el egoísmo de no dejar de pensar en ella.

Si la abracé lo suficiente,

Si la toqué como debía,

Si la acaricié con la dulzura necesaria,

Y si la amé todo lo fuerte que podía.

Pero la vida es así, uno hace con lo que tiene y cuando lo tiene, no existe el hacer sin el tener, ni existe el hacer, cuando no es posible hacer; porque tanto la vida como la muerte tienen sus propias reglas, pero en este mundo de los vivos, quien maneja los hilos de mi historia fuiste y vas a ser siempre vos.

Sobre por qué las palabras con K, R y Z suenan más formales e interesantes

Siempre fui un apasionado de la escritura y la ortografía. Escribo porque me hace bien, y me gusta leer cosas bellas; hedonista de cepa, si se me permite el término.

Todo aquel que sea capaz de generarme sentimientos y emociones a través de sus palabras plasmadas en el papel, automáticamente y de forma inconsciente, le otorgo el rótulo de persona inteligente, difícil tarea más que nada por el ego que gobierna en mi vida.

Hoy veo sobre mi mesa de luz un libro que no puedo leer.

No por ningún trauma, ni por ningún problema con el tamaño de la letra, o con el escritor. Sino simplemente que hay cosas que no se pueden hacer.

Dicen que hay tiempo para cada cosa, evidentemente no es mi tiempo de "Metamorfosis" de Franz Kafka. Sin embargo, pueden sentir eso? Kafka, Franz. Es estilo. Esa es la palabra. Me gustaría llamarme así, o parecido. Porque las palabras que llevan esas consonantes que entorpecen la pronunciación fluida de la prosa marcan un progreso y un freno en la dicción de la palabra, como si se escindiera en varias partes, por pronunciar tan solo esas letras.

Dicen que el idioma más bello es el italiano, porque no supone dificultad en la fonación para quienes lo plati-

can. Yo quiero sentir la dificultad de la vida alguna vez, aunque sea a través del lenguaje. Quizás esto me conecta con sectores recónditos y menos iluminados de mi razón y mi consciencia. Porque si todo viene en bandeja desde el nacimiento, hay dos caminos posibles: o nos convertimos en el cómodo que acepta una vida inauténtica sostenida por el progreso de sus anteriores, o simplemente nos rebelamos frente al microsistema en que convivimos y producimos un renacimiento de nuestra relación con nuestra vida y nuestras responsabilidades. No quiero depender de otro, quiero depender de mí mismo, o básicamente no depender, aunque sea una cuestión meramente ideal. Que no se confunda mi decir con mi pensar: quiero triunfar más o igual que cualquier otra persona en el mundo con ganas de producir cambios positivos en su vida, simplemente digo que todos necesitamos transgredir normas y leyes para poder ajustarnos a los parámetros del marco en que estamos instalados, y si esos márgenes están muy corridos hacia delante con respecto a nuestros pares, indefectiblemente terminaremos solos, inmaduros, con muchos enemigos, o lo que es peor, completamente rodeados de esa gente sin espíritu que anda con el piloto automático por la vida cumpliendo con los pasos preestablecidos por vaya uno a saber quién.

Entonces vayamos y cambiemos mi apellido por uno de esos austríacos, alemanes, o rusos. O mi nombre quizás, que eso seguramente sea más fácil. Aleguemos bullying, que está de moda en la sociedad actual. O trauma psicológico. Lo que quieran.. Solo déjenme sen-

tir la sensación de que al pronunciar una palabra que me identifique, sienta esfuerzo de mi parte.

Imágenes

Potros galopando en el campo libre mientras flamean su melena; hombres y mujeres teniendo relaciones sexuales después de la excusa de turno; un helado con tu chica en una mesa al aire libre con frío, que conlleva a un inevitable abrazo contenedor y beso de labios secos; un rico asado en casa con la familia, que te llene la panza y la memoria de recuerdos; una charla con mates bien amargos, con el verdadero amigo, en donde se empiece hablando de cualquier cosa y se termine como siempre hablando de las pasiones; un tiro libre desde la derecha dos pasos afuera del área grande para tu zurda, en donde acariciás la pelota con la fuerza y la comba justa para que pase entre la cabeza del segundo y tercero, y se vaya abriendo rápido hasta tocar el fondo de la red; ese tiempo desperdiciado en efímeros disfrutes que terminan decidiendo si finalmente tu día fue bueno o malo; ese gustito que te diste por fuera de la rutina y de la norma para contrarrestar todo lo incompatible; esa palabra que te dijo un fulano cualquiera, que te llevó a cambiar todos tus paradigmas para empezar a convertirte en alguien diferente desde el pensamiento; ese libro que te devoraste en menos de dos días, que te hizo perder por un rato la noción del tiempo que avasalla; esa palmada en la espalda de tu viejo a la hora de la cena, después de un día cansador que dice más que cien “te quiero”; un mensaje de Whatsapp: “¿Cómo te fue?” de tu vieja que te dice en su i-

dioma que está con vos para siempre; esas risas que te hacen doler la panza con tu hermano provocadas por cualquier pavada que se haya o no inventado, que finalizan con un incómodo silencio y escape de uno de los dos integrantes del show de las carcajadas; ese llamado inesperado de quien sea, que te hace creer de nuevo en la chispa de la espontaneidad de la vida; aquella muerte que te recuerda que no somos eternos, que vos también te vas a morir y que hay que disfrutar del presente; ese tipo exitoso en lo suyo que te hace ver más miserable de lo que en realidad sos; ese cansancio inoportuno que te hace tomarte la vida a otro ritmo, totalmente diferente al que estás acostumbrado, para poder sobrevivir; ese gol que te hizo saltar con ganas del sillón, llenándote la garganta de sonido para sacarte por un segundo de la mirada perdida con que simulás ver el partido de tu equipo; ese café glorioso, que le da un protagonista a la obra de teatro vespertina de la merienda, secundada por unas tostadas con mermelada que por sí solas dicen poco.

En una sociedad en donde gracias a las redes sociales las fotos determinan la existencia o no de las cosas, si nos fijamos bien, por fuera encontramos alegrías y tristezas, nada y todo, muerte y no muerte, vida.

Niko Vilchez

¿Para qué leer y escribir?

Viene a mí la pregunta de qué fue primero, ¿el huevo o la gallina? Seguro aprendí a escribir primero pero disfruté más de la lectura en un inicio hasta que de niño de forma lúdica comencé a escribir cuentos.

Aprender a leer será un eterno agradecimiento a mi tía Bibi ("mi gran enemiga íntima"), la lectura, el inicio de un infierno encantador y pasional.

El escribir sencillamente una pulsión de vida, sin ser trágico o tremendista: primero de forma lúdica, luego por vomitar dolores y ausencias para finalmente (quizás, tal vez) entender que no todo es pulsión, que hay que sistematizar (se), organizar (se) y tener algún método.

Pero nunca dejará de ser un canal de la no-muerte.

Horas finales

Se me van los últimos minutos de una vida.
Digo de una porque he vivido muchas.
Las tripas se me desgarran,
de la misma forma que lo hace la violinista con las
cuerdas.

La fiebre de la aguja es efímeramente placentera.
Sube tanto el calor que me desnudo completamente,
me meto en la ducha, abro la canilla para sentir esa
lluvia.
O me quema la fiebre o me ahoga el agua.

¿Por qué la ducha y no la cama o el rincón?
¿Yo qué sé?
¿Quizás para hacerlos buscar más cuando no me
encuentren?
¿Quizás para recordar esos días de lluvia y fuego?

Me falta el aire,
siento que se me cierran los ojos,
alcanzo a escuchar que golpean la puerta,
alcanzo a escuchar que es el final

Diario de la danza y el fuego

Bordeaux, 23 de septiembre de 1943

Es envidiable verlos bailar con tanta energía, luego de haber luchado hasta el cansancio. Su piel negra brilla en la oscuridad del bosque, alrededor del fuego. A través del baile y el canto, las tropas africanas se comunican con sus dioses. Sienten el espíritu de su tierra. Cantan en lenguas incomprensibles, improvisan tambores.

Mi mente divaga, pero me trasladan a alguna parte de África. La fuerza de estos hombres hace temblar este suelo. Sus cuerpos a punto de estallar parecen marionetas de algún dios titiritero. Sin dudas el campamento y la batalla no serían lo mismo sin ellos. Son nuestra infantería o la carne a sacrificar en el frente por una Francia en libertad, pero mañana, luego de la guerra los querrá en su África de colonia natal.

Observo al resto de mis hombres: todos beben con poca alegría. Miro el fondo de la botella que anuncia el final del vino. Mi espalda se desliza, de forma pausada, contra un árbol. Contemplo sus sombras incansables en la noche. Sólo quedarán exhaustas cuando se consuma la última llama.

Capitán Petain

Moska de bar

Ángel solía ir al bar y pasar varias horas, se sentaba todas las semanas en distintas mesas. Esa rotación le permitía oír las diversas historias, discusiones, negocios, confidencias, planes, etc. de los parroquianos. Como la de esas dos jóvenes que hablaban de una amiga que había viajado de sin aviso a Vancouver para sorprender a su novio y vaya que hubo sorpresa cuando ella lo encontró con otro hombre o la de las turistas francesas que habían viajado a Neuquén para conocer la fábrica recuperada Zanón o la de ese abuelo que junto a su hijo y nieto planificaban el viaje a Pamplona, tierra de sus ancestros.

Sólo había una cosa que Juan amara más que al bar Pappo, eran sus momentos de natación.

Ahora reducida por los años y el paso del tiempo se había volcado al tenis luego de haber sido un grande del paddle en los '80.

Violeta, la moza del bar le decía que él ya era parte del mobiliario y Ángel se sentía un poco así pero para inmortalizar su paso decidió llevar un cuaderno de historias del bar para publicar a fin de año. Horas de revisión obsesivas en su casa para ver cuales historias quedaban y cuales descartaba o guardaba para un segundo libro.

Cincuenta y tres años de vivir en el barrio lo hacía un vecino ilustre, una fuente histórica de las transforma-

ciones del mundo pero desde el barrio. Ángel decía de Balvanera para el mundo.

Poseía una sonrisa encantadora y conocía el arte del encantamiento y la intromisión para sumarse a cualquier mesa, aún en plena pelea como esa vez en pleno diciembre del 2001 vió llorar desde una de sus mesas a su vecino Alberto porque “El Corralito” se llevó todo lo ahorrado para el cumpleaños de 15 de su hija Soledad.

Los domingos, día de descanso en el bar, solía despertarse porque su vecino ponía a todo volumen las carreras de automovilismo, para hacerle la contra ponía Soda Stereo (banda que conoció por su hijo) o No Te Va Gustar (banda que conoció por su nieto) al taco y así estaban hasta el mediodía.

Un día de semana en el bar escuchó una historia muy graciosa de unas chicas, una de ella les contaba a las otras como una vez para conocer al actor Roberto López se hizo pasar por su hermana más pequeña. Así llegó a obtener una foto y autógrafa de él pero una vez descubierto su engaño corrió lo más rápido que pudo.

Una tarde de otoño gris mientras él contemplaba la caída de las hojas y terminando en su cabeza su libro de historias lo sorprendió la muerte con un punzante y fugaz dolor en el pecho, sólo atinó a agarrar su cuaderno, su pecho antes de caer sobre la mesa como una marioneta que le han cortado los hilos.

Esa es la historia de porque hay una placa en el bar Pappo y porque se brinda por él cada 17 de mayo.

Hiel en Gabú

Maimuna Teresa tenía el rostro desencajado y bañado en llanto, a su alrededor todo era lamento, negación, profundo dolor, abatimiento. Ira y desconcierto.

Los traidores se vendieron al fascismo imperial. Malditos cipayos gritaba una abuela, han asesinado a nuestro hijo gritaba una madre, un joven vociferaba: ¡¡¡Seguiremos la lucha y te vengaremos Amílcar!!!.

Maimuna observaba absorta las noticias del asesinato del luchador independentista en Conakry, Guinea a manos de sus camaradas. Aún se encontraba paralizada, cuando pudo reaccionar se sentó en el piso de su casa, apoyó la espalda contra la pared, tapó su rostro con sus manos, cerró los ojos y recordó esa maldita y bendita tarde de enero de 1967 cuando los soldados portugueses rodearon el pueblo en busca de integrantes del Partido africano para la Independencia, de cómo golpeaban a los hombres primero, luego los ancianos para concluir con la violación de algunas mujeres en medio del pueblo, a la vista de todos entre tres y cuatro soldados las violaban. Maimuna aún recuerda como su madre después de haber sido violada por tres soldados suplicaba para que siguieran con ella en lugar de su hija y de cómo los cerdos fascistas se reían y la pateaban. Aún siente el dolor en sus muñecas cuando la sujetaban, mientras la sometían. El primero no tenía más de 20 años y el segundo no más de 18, ambos podrían ser sus hermanos mayores. En ese momento se

escucharon explosiones y disparos, los soldados con enorme valentía para someter a los civiles no sabían hacia donde correr. Maimuna producto de su impotencia se quedó allí tirada y como podía se cubría, fueron unos minutos pero parecieron siglos. Luego todo quedó en silencio y de repente se escuchó una voz dando órdenes, Maimuna no sabía bien de donde venía pero los guerrilleros comenzaron a tomar posiciones y a ayudar a los heridos.

Ella vio a un hombre acercarse, arrodillarse y preguntarle cómo se encontraba y cómo se llamaba, sólo pudo darle como respuesta un leve balbuceo. Él le dijo: tranquila soy Amílcar Cabral, Comandante del partido Africano, la ayudó a levantarse y la acompañó hasta su casa. Así Maimuna recuerda su amargo y dulce encuentro con Amílcar Cabral.

Lloró todo el día hasta que pudo recobrar fuerzas para trasladarse a la capital donde se haría el cortejo fúnebre del libertador pero allí no hubo lugar para las lágrimas de disfrute imperial. Se bailó y cantó como nunca en la historia de Guinea-Bissau.

Noemí Duranti

¿Para qué leer?

Cuando era niña leer era mi refugio, me protegía del mundo real, y eso me hizo saber que hay un mundo muy luminoso más allá de tanta tristeza.

¿Para qué escribir?

Escribir como bailar, como cantar, como pintar.
Escribir como gritar: para tener menos miedo de asfixiarme.

Una y mil veces

Ella tenía sus senos perfumados de lechemiel
eran una con su hijito

después de un año está escuálida
se parten y caen sus dientes

aún así teje y teje en su telar
limpia la casa
cuida de sus otros hijos

el bebé pierde peso
hay para comer papas y maíz

la mamá persevera
una y mil veces le brinda sus pechos
el bebé llora

los pezones duelen
se mojan de lágrimas
no tienen el dulzor de antes
el niño sigue llorando

la mamá lo intenta de nuevo
él sigue a los gritos
el papá le da otro tazón con papas y maíz

el bebé vuelve a llorar

se prende a esos pechos sin sabor
se calma unos minutos
rompe de nuevo en llanto

ahora ella también llora
las lágrimas de los dos abrazan la teta

agotados se duermen.

Con su sonrisa y con su canto

Cuando baila la mañana
al ritmo de herramientas y pájaros
y el sol de los girasoles alumbra la vida
¿qué mentes siniestras
encarcelan y asesinan a los labradores del trigo
a los sembradores de bondad?

Con lluvia, con sequía, con heladas
con rayos de infierno
con la espalda hendida, los pies astillados
con huesudos salarios
¿quiénes nutren con su sonrisa y con su canto
legumbres, cereales y frutas
mientras los mercaderes roban tierras
atormentan el cultivo
corrompen la semilla?

¿Quién además del indio
quién además del campesino
salvará las cosechas
de los venenos que las mutilan?

¿De quién son los pies
acariciando al maíz robusto?
¿de quién son las manos
bordadas por limo y raíces?

¿de quién son los brazos
acunando los frutos ante las estrellas del amanecer
luchando contra los opresores?

Bárbaros en el trono

Estas serpientes en mis entrañas
infancia sin panes.

Tierra quebrada
como una luna muerta por un relámpago.

Mi piel sin poros
monstruos en mi cuerpo
mis venas y mi carne un regalo para el más cruel
mercader.

Memoria bloqueada
mentiras en los diarios y noticieros
en mi corteza cadáveres de jóvenes mártires.

Una y otra vez humillación
el futuro: un abismo
bárbaros en el trono.

Mi dignidad
un seco bosque de lágrimas.

Los pájaros y primaveras del poeta, muertos.

Argentina me nombran
mi pueblo como una montaña
como mar implacable contra las barreras

contra los déspotas (necios bebedores de sangre).

Mi pueblo: un grito mudo en la médula
inevitable por fin
la erupción de sus alas.

El pueblo ya sabe

No,
hipócritas
no es Dios quien en abortos alarmantes asesina a
mujeres pobres
no es Dios quien las desangra hasta morir
no es Dios quien las sanciona por abortar al hijo de su
violador
y en una camilla las deja sin pulso.

Hipócritas
no es Dios quien prohíbe el aborto legal, seguro y
gratuito.

Hipócritas
Dios condena las atrocidades que ustedes perpetran:
el hambre
la discriminación
las bombas bacteriológicas
el diseño de guerras con esos ojos cínicos
y cómo ganan millones
contaminando el agua, el aire, el suelo.

Hipócritas
no utilicen a Dios para defender su falsa moral
no recurran a Dios para patrocinar sus negocios.

Hipócritas

no hablen sobre la protección de esa alma por nacer
no digan que amparan a ese futuro ser humano
no hablen de la defensa de su espíritu
ustedes no saben qué es la vida
porque desde los comienzos vienen tranzando con la
muerte.

Hipócritas
el pueblo ya sabe
que para ustedes los pobres no tienen pobreza
que para ustedes los pobres no tienen
que para ustedes los pobres no.

Sabrina Rey Padilla

¿Para qué leer?

Para aprender; para entender y empatizar. Para
conocer otras realidades y nuevos universos.

¿Para qué escribir?

Para imaginar y crear. Para purgar, ordenar y sanar.
Para perdonar. Para tener libertad.

Clemento I

En días como hoy,
Te haría el amor hasta que no pueda respirar,
Hasta que se quiebren mis dedos,
Hasta que me quede sorda de tanto escucharte cantar.

Solamente quisiera poder cerrar los ojos
Y que fluya todo desde adentro,
Como la lluvia o un arroyo,
Hasta calmar la angustia que a veces siento.

Te sueño despierta, te imagino, te veo,
Te siento tan puro, presente y sublime;
A veces te gritaría que me salves
Pero es a mí a quien tengo que rescatar.

Clemento II

Magnánima presencia,
Con tus 88 metros color marfil por recorrer,
Divididos en islas de 2 por 3,
Más esas protuberancias,
Frías y doradas.

Tu profundo sonido,
Como si rugiera el mismísimo mar
Desde sus entrañas
Pero apacible también,
Como el llamado de las gaviotas
Que se escuchan a lo lejos.

Desencontrados sentimientos me despertás,
Deseos de huir despavorida
O de jugar con la melodía
Que atraviesa todos mis sentidos.

Atrapada en la caja de resonancia,
Entre las cuerdas del arpa y los martillos
Que no paran de golpear,
Como si se tratara de las campanas de una iglesia,
Así es como me siento
Cuando le pego a esas maderas
De colores blanco y negro.

Años de trabajo forzado y forzoso

Me siguen llevando hacia vos:
La voz de los espíritus
Que callaron en sollozos
A través de los siglos.

Me abismo

El vacío frente a mí,
Dos ausencias y un mensaje
Terceros mediante: uno desdibujado, cerca del pasado
El otro, presente.

Como en aquel junio, que apareciste y te fuiste,
En este noviembre, seguís estando;
Aguijones llenos de líricas y una fuente que fluye
En mares de ilusiones y dolorosas realidades.

Jugando a ser amigos, tal vez ambos supliendo un
vacío;
Sexos que se muestran sin sentido ni razón,
Buscando una conquista atravesada por la moral,
Mi moral y la tuya, que no quiere pero está.

Techos de salas compartidas,
Armónicos calados en un vidrio de fondo azul;
John y Paul, George y Ringo.

Seiscientos Tres

En 603 días

Los casos de violencia de género se incrementaron,
Fueron cada vez más los femicidios perpetrados que
salieron a la luz,
Llegando a ser así más de 430 las mujeres que hoy ya
no están.

En 603 días

Muchas denuncias se hicieron eco
En esta sociedad patriarcal que puso una vez más
A la víctima en victimario
Y al victimario en víctima.

En 603 días

Una marea verde
Colmó las calles de la ciudad,
Pintó de reclamos la Catedral, el Cabildo;
Viendo así nuestros cuerpos desnudos
En señal de reclamo,
Buscando concientizar de la forma más cruda nuestra
realidad.

En 603 días

Me descubrí feminista
Comprendiendo así
Que el sufrimiento impuesto
Del amor romántico debe terminar.

En 603 días
Me rompieron y me reconstruí como pude;
Escuché palabras demás,
Entendí y critiqué el porqué de ellas.

En 603 días
Mi dosis diaria de sertralina
Subió y bajó como un falo
Y mi deseo sexual de poseerlo.

En 603 días
Imploré no volver a confundirme;
Me había escuchado:
Todo este movimiento
Ya había hecho mella en mí.

Y es que el orgasmo ritenuto
De ese último día de los 603
No era casual,
Estaba todo en mí:
Ellos, ellas,
Los recuerdos, las lágrimas,
Mis pensamientos más oscuros,
El fantasma del abuso y la violencia
E incluso ese temor al aborto
Pero, por sobre todo esto,
Primaba el deseo del amor propio
Por sobre el amor de un otro.

Sole Macías

¿Para qué leer?

Para alimentar el alma, para abrir nuestros canales emocionales, para reflexionar y aprender a pensar, para poder ver más allá. Para no morir de realidad.

¿Para qué escribir?

Para viajar hacia nuestro interior, para reconocernos, para abrirnos al universo y comprender su magnitud.

Para que nunca más nos hagan callar. Para que nuestras voces trasciendan y no se apaguen en el olvido.

Cuerpo

Tu cuerpo ultrajado,
transgredido.

El dolor que habrás sentido,
los gritos que le habrán silenciado a tu boca.
El asco de una castidad vulnerada.

Tus sueños
de un futuro que no llegó,

Que alguien decidió que no tendrías

La esperanza
que el tiempo sesgó

Que la crueldad destruyó

Tu cuerpo cercenado,
marchito.

Tu vida devastada
hallada en bolsas de basura.

El reclamo de justicia,
la lucha por tu memoria.

Memoria, Verdad y Justicia

Manos que derramaron infiernos
en un eclipse de gritos y silencio.
máquinas del horror,
operación de la sangre sin vena.
rincones que abrigan
inviernos que no saldrán a la luz.
adolescencia dormida.

Voces
en la plaza, en las calles.
remembranza
de los nombres que arrojan
abrazos al cielo,
de los nombres que agitan los pañuelos.

Y la angustia que clama “Nunca más” .

Juventud que quedó amordazada.
uniformes verdes.
septiembre de primavera rota.
tortura sin condena,
indultada, impune.
cuántas vidas arrancadas,
inocentes, presentes ahora y siempre.
aún los lápices siguen escribiendo.

Poemas (Cinco sentidos)

I

Brillaba en tus ojos, serena,
la luna de abril.
Tu sonrisa se dibujaba
tal como yo la recordaba.
Parecía que el tiempo
se hubiera detenido,
se hubiera enredado en el ayer.
Nos contemplábamos en silencio
sin saber cómo actuar.
Eras un espejismo hecho realidad.

II

Tu perfume,
aquel que huele a melancolía,
revive hoy las flores marchitas
sin esencia, sin vida.
Aromas del amor compartido
impregnan aún mi piel:
del mar en el que nos sumergíamos,
de la lluvia contra la que luchábamos,
del hogar a leña que nos abrigaba,
que nos protegía.

III

El eco de tu risa resuena,
aquella que se diluyó el día que te fuiste,
aquella que mi rutina extrañaba,
que en mis sueños encontraba,
que hoy se convierte en magia.
Tu voz,
oírla otra vez,
la más perfecta melodía.
La que me despertaba en las mañanas,
la que apagaba mi dolor cada noche.

IV

Dos cucharadas de recuerdos
y un café,
amargo como el sabor que dejaste
con tu ausencia.
Saladas las lágrimas que lloré
al pensar que no volvería a verte.
Agrias las noches en vela
que parecían no tener fin.
Dulce el sabor de tu mirada,
ahora, que estás de nuevo frente a mi.

V

Me hiela la sangre
las horas que se escurren.
Te abrazo por el amor que nos tuvimos,
por cada uno de los días
que no nos vimos,
por el presente que nos vuelve a encontrar.
Antes de dejarte ir una vez más, me pregunto...
¿Podré volver a abrazarte?
¿Por unos pocos segundos?
¿O para siempre?

El pintor dadaísta

“Cuando la pintura está fresca, el trabajo queda mejor”

- Dijo antes de dar la pincelada final a su nueva obra de arte. Eran las ocho de la mañana. Se había pasado toda la noche en vela, en su galería, para poder terminarla. Braulio estaba orgulloso, una vez, más del resultado. Puso su cuadro en un atril; quería que todo el mundo lo viera. Por enésima vez se autoconvencía de que no podría haberse dedicado a otra cosa. Amaba la actitud irreverente que encontraba en la rebeldía, ese carácter irónico, radical, destructivo, agresivo y pesimista que caracterizaba al movimiento dadaísta, y lo volcaba en el lienzo sin ningún cargo de conciencia.

Levantó la persiana y dejó que el sol entrara. Durante toda la mañana desfiló una marea de gente. A la clientela parecía agraderle sus obras. Le consultaron por algunas, logró vender otras e intercambió opiniones con algún que otro pintor aficionado sobre las técnicas y el estilo, siempre guardándose para sí mismo el ingrediente secreto. Así se pasaron las horas.

El sol empezaba a caer cuando una muchacha de tez blanca y ojos color avellana ingresó a la galería. Acompañó su saludo con una sonrisa, y entonces Braulio lo supo. Era ella. No sabría decir con exactitud qué fue lo que le llamó la atención, pero en su interior sabía que ella era la elegida.

- Hola, ¿puedo ayudarla en algo, señorita?

El corazón de Braulio latía con excitación.

- Sólo estoy mirando, gracias.

Braulio comenzó a inquietarse. Rogaba que nadie más entrara a la galería en ese momento.

- Disculpe el atrevimiento, pero me sorprende que sólo utiliza pintura roja en sus obras.

- Es mi marca personal. Mi estética es lo que me distingue del resto de los pintores.

- ¿Utilizó pincel de abanico, no es cierto? Digo, por el difuminado y el degradado.

- Así es. Veo que conoce de pintura.

La muchacha sonrió

- Sí. Me gusta, pero aún tengo mucho por aprender.

- Si me permite, me gustaría mostrarle otras de mis obras. Esas están hechas con pincel de punta redonda, supongo que se dará cuenta porque el trazo es más fino, con mucho detalle. ¿Me acompaña?

- Sí, como no.

- Es por acá, sígame.

Braulio se dirigió por un pasillo, hacia la última puerta, sacó de su bolsillo una llave y abrió. Le indicó de manera gentil que pasara. Notó inseguridad en el rostro de la muchacha, pero él sólo sonrió.

- Tenga cuidado con las escaleras.

El sótano era lúgubre y con luz tenue. Las pinturas que estaban allí tenían un tinte mucho más oscuro. A medida que se adentraban, la temperatura disminuía de manera abismal.

- Mire este cuadro. ¿Acaso no le produce impacto? Quizás no debería decirle lo que quise transmitir. Un buen artista no devela su secreto, pero usted me cae

bien. Yo busco provocar y escandalizar. Por eso le preguntaba si no le producía impacto. Quiero que usted quede sorprendida ante mi obra. Por curiosidad, ¿Cómo es su nombre? Dígame su nombre.

- Selene

- Selene - suspiró - Le voy a dedicar un cuadro a usted.

- ¿A mí?

- ¿Me concede el honor?

Selene sonrió confundida, sin embargo aceptó.

Ella siguió observando el cuadro. Las pupilas de Braulio se dilataron y una enorme sonrisa apareció en su boca. Selene lo miró dispuesta a preguntarle algo relacionado a la técnica, pero se quedó perpleja. Braulio tenía en su mano un cuchillo francés. La agarró del cuello y ella gritó desesperada.

- No grites. Nadie te va a escuchar acá abajo.

Braulio la empujó contra una pared y le cortó el cuello sin inmutarse. El cuerpo inerte de la muchacha cayó al piso, mientras él revoleaba hacia un rincón la cabeza que le había quedado en la mano. La mirada de Braulio brillaba de entusiasmo. Cortó el torso por la mitad, de arriba abajo. Sacó su corazón, y con un gemido de placer, le dio un mordisco. Se lo devoró en cuestión de segundos. Hizo lo mismo con cada una de las vísceras. Sí, definitivamente era ella. Pocas veces podía fallar la corazonada que había tenido cuando la vio. Era sabrosa.

- Seleneeee....- gimió una vez más. El próximo cuadro llevaría su nombre.

Braulio se acercó a un escritorio y del cajón sacó una paleta y sus pinceles. Tomó también una cuchara. Con ella, iba vertiendo la sangre en la paleta.

“Cuando la pintura está fresca, el trabajo queda mejor” - sonrió.

Prune Agniel

¿Para qué leer?

Leo por educación, por obligación, por satisfacción,
por curiosidad, por necesidad.

Leo para matar el tiempo, para instruirme, para hablar
de algo, para seducir, para compartir, para refugiarme.

Cada libro es un encuentro.

¿Para qué escribir?

Escribo para soltar pensamientos fastidiosos o ideas
graciosas. Escribo para recordar lo que no quiero
olvidar.

El aguafiestas

Llegó a una fiesta sin haber sido invitado, sin saber con quién se iba a encontrar y a decir verdad, no le importaba mucho. Su idea era ésa: hundirse en una cultura ajena, percibir las diferencias y destacar los puntos comunes, ir apropiándose de los códigos que hasta ahora desconocía. Se había mudado hace poco, a vivir otra vida, a poner en pausa la suya.

A la noche decidió pasearse por su nuevo barrio, le llamó la atención una casa en una esquina que daba a la calle. La música se podía oír desde afuera ya que la puerta estaba abierta. Parado en la vereda, venía hacia él el bullicio de las charlas, una mezcla de palabras que ya conocía con otras totalmente ajenas, aún no dominaba del todo el idioma. Pudo distinguir manchas coloridas debajo de sus parpados cerrados. Se le facilitaba sentir las cosas. Y en ese instante, sintió que ahí se jugaba algo importante.

Esa noche, ya no cabía duda, esa noche iba a ser su primera fiesta porteña.

Los colores, la música, el humo de las palabras extranjeras, todo aquello le inspiró confianza. La confianza que emana de los lugares desconocidos, pero a la vez tan parecidos a los que él solía frecuentar allá. Le hizo gracia la paradoja de estar a miles de kilómetros de su tierra con las ganas de descubrir otra cosa, otro mundo y la fuerza natural que le llevaba, estuviese donde estuviese, a lugares familiares. Lo familiar y lo extraño.

Así se sentía el mismo desde su llegada hace unas semanas: integrado y a la vez, foráneo.

Decidió dar el paso y adentrarse en este nuevo mundillo. Pasado el umbral de la puerta, encontró el coctel mágico de los espacios amenos: olores y sonidos sumamente agradables. Un grupo pequeño de personas estaba charlando y riendo en lo que adivinaba era la cocina de la casa, por los olores que emanaban. Entrar por la cocina, por el mundo de las papilas, le venía muy bien a él, cuyas pupilas estaban desde siempre dormidas. No hacía falta ver para sentir la onda deliciosa que se desprendía de aquella cocina. Llevaba apenas unos minutos en la pieza y nadie, hasta ahora, se había fijado en él. Sonreía. Sus sentidos estaban alerta, la cuestión era siempre la misma: circunferir con un máximo de detalles un lugar desconocido. Podía perfectamente reconstituir detrás de la cortina opaca de sus pupilas el espacio en el que se encontraba. Su satisfacción interior, solitaria -del que sabe que está donde tiene que estar- se sobreponía a la linda onda colectiva: faltaban nada más unos segundos para que los dos mundos se encontraran.

No se había movido desde que había entrado en el bullicio de la cocina, estaba parado, cerca de la puerta de entrada. La música venía de otra sala, una sala que estaba justo en frente de él.

De repente, se escuchó más fuerte la música, dejándolo pensar que la puerta, hasta ahora entreabierta, había sido totalmente abierta por alguien que acababa de entrar en la cocina. Esa nueva presencia le desagradó, no, fue más que eso, le debilitó en su ser entero.

Aquella presencia se desplazaba ágilmente entre todos, oscilando entre la indiferencia de unos y el cariño de otros. Se abrió en él una brecha muy desagradable, una lucha interna, silenciosa y tremendamente violenta entre el miedo arraigado y la voluntad incompresible de silenciarlo. El corazón le palpitaba cada vez más fuerte. Su mente ya no podía fijarse en otra cosa. Era incapaz de atarse a lo que podía sacarle de aquel estado ansioso: la melodía de las charlas amistosas, el olor a mate y el sabor de la cerveza se esfumaron.

Esfumarse, no quería otra cosa, esfumarse ahora mismo sin explicaciones, sin justificaciones. Desaparecer, él y su miedo, él y su vergüenza, él y su estúpida fobia.

Salir de aquel lugar lo antes posible, olvidarse del grupo de amigos, desaparecer tan pronto como había aparecido y nunca más volver a esa maldita esquina. Esa no podía ser su primera fiesta acá, no tenía que pasar así, no se lo merecía. Nadie le había visto, nadie le había hablado. Aquel momento no existió, ¿quién iba a decir lo contrario? Salió avergonzado y enojado.

Volvió a su casa y se acostó con la ira más dolorosa que uno puede sentir, la ira dirigida hacia uno mismo. Escuchó sonar el reloj del salón que marcaba las doce de la noche. Se rió, entre las sabanas mojadas, se rió llorisqueando. Así se acabó, a las doce de la noche, su primera fiesta porteña.

Semilla

A la memoria de David Moreyra,
joven de 18 años que murió en
Rosario (Santa Fe, Argentina)
tras tres días de agonía
después de ser linchado por una
multitud tras un aparente
intento de robo el cual nunca
sucedió.

Empatía, poseer un sentimiento de participación afectiva en la realidad que afecta a otra persona, saber “leer” al otro.

No te contentaste con “leer” al otro. Escribiste al otro, con el deseo ansioso de contrarrestar una realidad inaceptable, injusta, inhumana. Delante de la agonía de un adolescente, escribiste.

Y yo, desde mi postura de lectora, desde mi empatía, hago mía la historia de una vida que hiciste tuya para llegar a entender la tragedia.

Darte cuenta de que nació debajo de “una mala estrella”, porque es así, porque no todas las estrellas brillan de la misma manera. La suya era apagada, incapaz de proporcionarle la luz que se merecía.

Sus primeros pasos inseguros de niño no iban a dejar de ser vacilantes, un desequilibrio que llevaba dentro de él, desde su nacimiento hasta el punto final de su vida. Y te preguntas: ¿cómo andar en tus dos pies fir-

mes, cómo avanzar en la vida y confiar en ella, si no te llegaron nunca ni la luz, ni el aire, ni el amor protector que necesitabas?

Haber nacido en alguna parte, siempre es una casualidad. Uno viene al mundo sin haberlo pedido, sin haberlo deseado. Una de dos: o te dan a luz, o te dan a oscuridad. No tuvo suerte, le tocó la segunda, y nunca pudo alcanzar a percibir a qué sabía la primera, a qué sabía una niñez feliz, a qué sabía una adolescencia cálida y a qué podría saber una existencia adulta.

Una vida asfixiada, “como un pez fuera del agua”. Así se pasó la vida, este muchacho ya casi adulto que se está muriendo, buscando el aire que faltaba, buscándose la vida con lo que podía, a solas, robando tras haber sido él robado de todo lo más necesario.

Por haber intentado robado algo para vivir, le robaron la vida, dejándolo casi muerto tras quince malditos minutos de linchamiento.

Quince minutos en los que darías todo para ser la directora de orquesta de sus últimas imágenes para darle un final sublime. Pero no se puede. No te queda otra que escribir, porque en el papel la realidad es infinita, porque en el papel, le puedes dar otro giro.

Sublimar, a través de imágenes poéticas, a través de metáforas literarias la muerte de un muchacho de apenas dieciocho años tirado en el cemento, golpeado por desconocidos. Quisieras volver a escribir la realidad, su realidad, inventándole otra vida, otra historia para que no le caiga encima la maldita estrella.

Índice

Albi Serial / Pág. 13

Ayelén Caceres / Pág. 23

Ezequiel German López / Pág. 30

Federico Alvarado / Pág. 41

Florencia Paula / Pág. 49

Karina E. Frican Rañinqueo / Pág. 54

Luciano Bensi / Pág. 63

Niko Vilchez / Pág. 70

Noemí Duranti / Pág. 77

Sabrina Rey Padilla / Pág. 86

Sole Macías / Pág. 93

Prune Agniel / Pág. 103

Algunos de los textos aquí reunidos fueron producidos en el marco de las clases individual y en formato taller del Club de Lectura y Escritura realizado durante el año 2019.

Si tenés intenciones de comunicarte con lxs escritorxs, si querés hacer uso de alguno de los textos por el motivo que fuere, te proponemos que le escribas a Federico L. Baggini (fedebaggini@hotmail.com), coordinador de los espacios, quién podrá ponerte en contacto con quien desees.

Este libro fue elaborado e impreso de forma cooperativa, colectiva, comunitaria y autogestiva.

Creemos en el contenido intelectual, no en la marca comercial.

Este libro
se terminó de imprimir
en la provincia de Buenos Aires,
durante 2019.